



Montevideo, 26 de diciembre de 1977.

P. PEDRO VÍCTOR GRASSO S.D.B

*Dios lo llamó definitivamente
junto a sí en la ciudad de Melo,
el 1ro. de noviembre de 1977.*

Queridos Hermanos:

“Así habla el Santo, el Verdadero, el que guarda la llave: yo sé lo que vales, he abierto delante de ti una puerta y, aunque eres débil, nadie podrá cerrarla, porque has cumplido mi palabra y no has renegado de mí”.

Hacia fines de abril del presente año, se aplicaban estas aleccionadoras palabras del Apóstol Juan en la despedida a nuestro Hermano Hugo Colmán Amaro . . . cuando frisaba los 52 años de edad.

Pasados cinco meses, el 1ro. de noviembre, la hermana muerte vuelve a visitar la Inspectoría en la persona del querido Padre Pedro Víctor Grasso, Director del **Liceo “Monseñor Luis Lasagna”** en la ciudad de Melo. Un derrame cerebral, consecuencia de una altísima presión . . . le faltaban menos de dos meses para cumplir 51 años, pues había nacido en Montevideo el 23 de diciembre de 1926 y se preparaba ya a celebrar las Bodas de Plata Sacerdotales el próximo 22 de noviembre de 1978.

Como vemos, Dios lo llamó definitivamente junto a sí en la plenitud de la vida, lleno de energías y proyectos . . . todo Melo lo sintió hondamente: unas cinco mil personas lo acompañamos hasta el cementerio local, depositando la semilla de su cuerpo en el panteón de la Curia, delicadamente cedido por Mons. Roberto Cáceres. Es el primer salesiano que muere en esta diócesis.

El Obispo diocesano quiso presidir la Concelebración, acompañándolo el suscrito y varios Hermanos en Congregación como sacerdotes del clero secular. En la homilía Mons. Cáceres expresó en nombre propio y de la diócesis, sentidos conceptos de agradecimiento al celoso sacerdote y amigo, que se había prodigado en varias Poblaciones de los departamentos de Cerro Largo y Treinta y Tres.

"Cultivar el sentido del contacto directo con cada persona (también con el más tímido de los muchachos), dispuesto a acercarse a todos con respeto, con el deseo de comprender, ayudar, con la alegría de estar presente entre los jóvenes . . ." (CGE 100).

Es ésta Hermanos una de las características peculiares de todo salesiano y que en el Padre Grasso más se acentuó: ESTAR PRESENTE ENTRE LOS JOVENES. Ellos constituían verdaderamente el campo de trabajo apostólico, la razón de sus desvelos, que lo llevó hasta descuidar su salud física. Poner a los jóvenes en el centro de toda nuestra preocupación pastoral, y no en otros objetivos.

Creo oportuno transcribirles algunas reflexiones que nos enviria el Padre Ramón Barrera en las que describe alguna de las fascetas de su personalidad salesiana: ". . . yo quiero evocar con emoción la figura inconfundible del Padre Grasso: era "el Padre Consejero". Muchos ignoraban su verdadero nombre. Estaba siempre entre sus alumnos que lo rodeaban por mil motivos diferentes, pero en el fondo porque aquel hombre tenía una función clave y la cumplía a conciencia con la llaneza y sencillez de los que ignoran la grandeza de que son portadores".

Y el Padre José Justo Lecaroz en el cementerio expresaba: "Recibió en su cuna la hidalguía y la nobleza en el ser. Calmo y mesurado, pensamiento y dignidad fue llevando su ideal de FORMACION DE LA JUVENTUD a veces hasta con un dejo de espartana austeridad, imponiéndose por el estilo convincente de la acción y el ejemplo que se antepone a la palabra que determinaba rumbos".

Uno de sus exalumnos de la Casa de Formación del Manga reconoce espontáneamente: "El Padre Grasso era muy recto con nosotros". Es que la rectitud, el amor y la sencillez son matizados enfoques de una misma actitud de fondo: la verdad de una vida fiel a Dios y al hombre.

Otra de las cualidades que hemos visto hecha carne y vida en el Padre Grasso fue el sentirse plenamente realizado en el apostolado educativo a través del colegio y del liceo: sintió como buen salesiano la escuela como la misión de su vida y se dedicó a ella con pasión y competencia aún en medio de grandes dificultades, sobre todo económicas.

Continuaba el Padre Barrera, que fuera su compañero por muchos años de trabajo en la ciudad de Melo, en aquellos primeros años de la presencia salesiana: "No se me borrará nunca su silueta, cuando subido a las primeras gradas de la escalera que conduce al primer piso, sostenía con una mano el badajo de la campana, cuyo sonido metálico marcaba el límite entre el bullicio del patio y el supuesto silencio de las aulas.

Y por lo mismo afirmaba el P. Lecaroz: "Fue Consejero y firme formador de voluntades, Director y Amigo, Profesor y Maestro y animador de tantas iniciativas creadoras y personalizantes".... Los campos de sus realizaciones apostólicas y culturales demarcan una gama polifacética de valores que encontraron su desarrollo en lugares distintos de su acción. Ayer en el Manga, cuajado de viñedos y de abiertas palmeras en constante paisaje de bienvenida, más tarde entre los muchachos de la heroica Paysandú, en los niños luego de esa Mercedes simpática y recostada junto al Hum

legendario, con los jóvenes de la ciudad de Las Piedras y luego el período del fruto fecundo y sazonado de su trabajo en Melo, en el Domingo Savio de Maroñas y nuevamente en esta ciudad de Melo”.

En todos estos lugares de su misión en la tierra siempre lo hemos visto “asumir las alegrías, las esperanzas, las tristezas y las angustias” de los jóvenes de hoy (*GS 1*) teniendo la escuela como un lugar de privilegio para entregar y hacer vivir a los jóvenes los valores evangélicos.

Existe un tercer valor que apreciamos en la vida de nuestro Hermano, nos señalaba el P. Barrera: “Don Bosco nos dio que EL DIA QUE UN SALESIANO SUCUMBIERA POR EL TRABAJO, ESE DIA SERA UN DIA DE GLORIA PARA LA CONGREGACION”. Creo que el 1ro. de noviembre fue un día de gloria. “El Padre Consejero, el Padre Grasso, cayó allí en ese mismo escenario donde quemara sus mejores energías”. El Padre Lecaroz decía: “Murió en su ley. En esa ley a veces incomprendible del olvido de sí mismo por el bien de los demás. FUE FORMADO PARA SACRIFICARSE EN EL TRABAJO, junto a sus muchachos: la razón de su diario vivir salesiano. No le puso límites a su fuerza de amar: con ellos y por ellos hasta morir. Lo vimos en el arte escénico, en la preparación de conjuntos musicales que amalgaman melodías, en la armonía que agrada, en el canto que irradiía alegría, en el trabajo que ennoblecen y fortalecen, en el deporte que nos llama a un esfuerzo, a la lucha por el lauro”.

Por cierto que la escuela no agotó su celo sacerdotal. En la segunda vez que el Padre Grasso trabajó en la diócesis de Melo y Treinta y Tres no le puso límites a su donación apostólica: lo testimonian fuertemente poblaciones como Aceguá, Noblía, San Diego, Sarandí, Soto, La Mina . . . lugares todos que hablan de sus ansias de entrega a Dios y a sus hermanos.

El Padre lo llamó en una actitud típicamente salesiana: después de las fatigas de toda una mañana de trabajo, hacia el mediodía, llegaba hasta el lugar del paseo, donde estaban los jóvenes del último curso del Salesiano, que con la alegría propia de la finalización de sus estudios, esperaban la presencia del Padre Director para “estar completo el grupo”, compartiendo con el amigo . . . y él no podía fallarles: llegó justo para saludarlos y decirles que los esperaba a todos en el cielo, en la alegría de la reunión y comunión definitivas, junto a Dios, y para siempre . . .

La noticia de su inesperada muerte sacudió a todo Melo y todo Melo se hizo presente: mudo, silencioso, agradecido, atenazado por el dolor, para acompañarlo hasta su última morada.

El Padre Grasso es el cuarto Salesiano que en el presente año Dios llama a nuestra Inspectoría, tan necesitada de Obreros ante una misión tan grande, entusiasmante y prometedora.

Hermanos, que el testimonio de vida del Padre Grasso nos sirva de aliciente para renovar nuestro compromiso de fidelidad religiosa salesiana, y que el vacío por él dejado nos mueva a intensificar la oración al Dueño de la Mies, por la generosidad de los jóvenes, en cuyo corazón el Espíritu Santo continúa sembrando inquietudes de entrega total a la misión de la Iglesia. Que las sepamos descubrir y cultivar, comunicando nuestra alegría y el testimonio de plenitud de realización que experimentamos en el seguimiento de Jesucristo según el espíritu de Don Bosco.

En fin, recordemos que el sufragio, la carta mortuaria y la lectura del necrologio, constituyen las formas concretas con que nuestra familia salesiana bendice la emmoria de sus predecesores: "Quien descuida esto, comete un pecado, una falta de caridad para con los Hermanos difuntos y falta de respeto, de agradecimiento, de unidad" (*Don Ricceri, Bs. Noches a los Capitulares del CG 21*).

Unidos en Cristo y con Don Bosco vivamos la responsabilidad de esta nueva Navidad, de esta inesperada, concreta y profundamente sacramental visita de Dios a nuestra Comunidad Inspectorial. Con la actitud de María, la Madre feliz por su Fe en que "para Dios no hay nada imposible" Auxiliadora de nuestra esperanza y alegría, les deseo a todos un apostólicamente fecundo año 1978.

Fraternamente,

P. Carlos Techera

Vicario Inspectorial